

XX

Así, Ciro empezó a frecuentar la casa de Alcozer, a la que habían vuelto los Salvo y los Garofalo. Pero don Diego, después de la enfermedad, no era el de antes. Los tristes humores de la vejez, atemperados durante tantos años en las ambiguas sonrisas, daban ahora casi un sabor venenoso a todas sus palabras, y había envenenado casi el alma de Estrellita, cada día más triste.

La intervención de Coppa había desbaratado el plan de defensa del viejo. Pepe Alletto y Mauro Salvo habían pasado a segundo término, para don Diego, ante aquel hombre que se había introducido en su casa para atacarle abiertamente en todos sus derechos de marido, y que le tenía avasallado y en una insoportable situación de envilecimiento y de vergüenza de sí mismo, nunca hasta entonces experimentada. Háblale llegado, pues, a faltar por completo lo que se había propuesto en aquellos tardíos años y por lo que se había casado una vez más: disfrutar de la alegría ajena en torno de él.

—¡Ah, esto es el infierno anticipado!—pensaba—. ¡No, no!

No lograba, sin embargo, ver el fin de aquel nuevo estado de cosas, cómo libertarse de aquellas

ligaduras, de aquel seto de espinas, precisamente al final de su larga carrera entre flores.

Ciro, mientras tanto, vigilaba, sin demostrarlo, a Estrellita; la miraba de cuando en cuando; y ella, en aquella mirada severa y llena de voluntad, leía la espera paciente, a pesar del recelo y del despecho que debían producirle la presencia y las charlas fútiles de los jóvenes aquellos. Y a la par que la espera leía la protección.

Protegido se sentía también Pepe, aunque, perplejo aun en el fondo, tuviese que abandonar por completo el apoyo secreto de Raví, puntal no suficiente ya para reafirmar el edificio un poco quebrantado de sus esperanzas. ¿Pero debía entregarse en absoluto a la discreción de su cuñado?

—Ciro..., sí..., ¡hum!... En fin, veremos...

Ciro, con su carácter y sus arrebatos, no le inspiraba verdaderamente mucha confianza. Cierito es—pensaba—, que desde que ha intervenido en esto se mantiene firme. Y parece otro: prudente, contenido..., un poco rígido, es verdad; ¿pero quién lo hubiera esperado? Siempre atento, hasta afable a veces, especialmente con Fifo Garofalo... Y observo que también se cuida más de su persona: cuellos altos, traje nuevo..., ¡bravo, Ciro!

Y pensaban como Pepe los Salvo y los Garofalo, quienes se obstinaban, sin embargo, en seguir frecuentando la casa de don Diego. La presencia de Coppa, en fin, perturbaba a todos, imponiendo una circunspección y una reserva a la larga insostenible.

Estrellita lo comprendía, y de día en día se

desesperaba más, en una situación que también a ella le parecía precaria, sin saber aún cómo había de resolverse. Y su perplejidad le hacía estar en un continuo abatimiento. Justificaban no obstante, sin tregua, este abatimiento, las predicciones y los consejos del padre, los humores, cada vez más acerbos, del marido, el cual, no teniendo el valor de sustraerse a todos aquellos importunos, pretendía que ella se encargase de alejarlos, y el temor, en fin, de que cualquier día hubiese una disputa o algo peor entre Coppa y Mauro Salvo, que incubaba, sombrío y taciturno, su rencor.

En tales condiciones de espíritu, a raíz de otra escena más desagradable que la primera, con su padre y con su marido, anunció una noche a Coppa que estaba pronta a refugiarse en el Colegio de Santa Ana, al amparo de la hermana de él, incluso para siempre, para acabar con aquella vida de infierno; y que entretanto pensara en libertarla del marido, si la cosa era posible.

S.1

,abot +

B 2719297 S.

es sib no sib e

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1065 MONTERREY, MEXICO

XXI

Tres días después, don Diego Alcozer se presentó en casa de Raví, gritando con los brazos en alto:

—¡Se ha fugado! ¡Se ha fugado!

—¿Quién? ¿Mi hija? ¿La mujer de usted?

—*Quondam, quondam...*, ¿eh?—corrigió don Diego, acompañando la sonrisita con un ademán de protesta—. *Quondam*, si te place... Se ha fugado... ¡Contentísimo!

Marcantonio se dejó caer en una silla, como si le hubiese acometido un ataque de apoplejía.

—¿Con quién se ha escapado?

—Ella lo sabe—contestó alegremente don Diego, encogiéndose de hombros—. O sola, o acompañada, es igual. Aquí tengo la..., ¿cómo se llama?... la..., la cosa del Juzgado...

—¿A esto hemos llegado ya?—exclamó Raví, volviendo a ponerse en pie—. Coppa... es él..., ¡asesino!... Me ha perdido a mi hija... ¡Y usted, viejo imbécil, la ha dejado escapar!

—Querido, yo mismo le hubiese abierto la puerta para que me dejase en paz...

—¡Rosa! ¡Rosa!—llamó don Marcantonio.

Doña Rosa se asomó a la puerta, con su placidez habitual.

—¿Qué pasa?

—Pasa..., que..., mira, aquí tienes a tu yerno.

—Ex, ex...

—¡Se ha escapado, Rosa; se ha escapado!

—¿Estrellita?

—¡Cúbrete el rostro, vieja mía! ¿Podíamos esperar que nuestros cabellos se pusieran blancos para que nuestra hija viniera a mancharlos de fango?

—No comprendo nada—dijo aturdida doña Rosa.

—Se lo explicaré yo—intervino entonces don Diego—. Esta mañana... ¡Oh! ¡Calma, Marcantonio!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó doña Rosa acudiendo a su marido que, pateando y llorando como un chiquillo, se daba furiosos manotazos en la cabeza.

—¡Déjame, déjame! Es demasiada deshonra. Este es el pago. ¡Ah, hija ingrata! Al Juzgado..., al Juzgado...

—Cálmate, Marcantonio, cálmate... No es el fin del mundo...—le exhortó don Diego—. Rompimiento de matrimonio... Ella con una mano, yo con ciento... Estoy dispuesto a todo.

—¿También usted?—rugió Marcantonio, agarrando a don Diego por los brazos y sacudiéndole violentamente—. ¿Tendrá usted también el valor de llevarme a los tribunales? ¡Usted!

—Perdona; pero...—balbuceó don Diego, casi metida la cabeza entre los hombros, temblando de miedo ante la feroz mirada de Raví—. Perdona...; pero si ella lo quiere...

—¿Qué quiere?—gritó don Marcantonio sin soltarlo—. ¡Ella no puede querer nada! Dígame adónde ha ido, ¡pronto!

—No lo sé.

—¿Quiere usted entonces que vaya a degollar a Coppá?

—Degüella a quien te parezca, pero suéltame. Yo no tengo la culpa... ¡Bueno es esto! ¿La tomas conmigo?

—La tomo con todos. Espere, don Diego... No puede terminar así... Vamos por las buenas..., una separación amistosa, sin arrastrar, por piedad, en el lodo mi honrado nombre.

—¿Separación amistosa?—dijo, tímido, vacilante, don Diego—. Pero yo..., tú lo sabes..., ¿cómo voy a quedarme solo?

—¿Querría usted volverse a casar?—tronó don Marcantonio agarrándole otra vez—. ¡Responda!

—No lo sé—balbuceó todavía don Diego, así apremiado—. Pero si tu hija...

—En seguida se la volveré a llevar a casa. Espere... Voy a buscar a ese asesino.

—¡Marcantonio, por Dios!—suplicó la mujer.

—¡Calla tú!—le gritó Raví—. Voy armado de mi derecho de caballero y de padre: defiende el honor y la hija.

—¡Marcantonio, Marcantonio!—chilló, arañándose la frente, doña Rosa, desde lo alto de la escalera.

XXII

Animándose por la calle con vibrantes frases de indignación, Marcantonio Raví corrió furioso a casa del abogado. Cuando llegó a la puerta no podía ya respirar.

Le abrió Pepe Alletto.

—¿Usted aquí?—le gritó don Marcantonio—. ¿También es usted un ingrato? ¿También usted?

Interrumpióle un terrible fustazo sobre la mesa del despacho contiguo, y poco después apareció Coppa en la sala, vociferando:

—¿Quién está ahí? ¿Quién se permite?...

—Perdone, respetabilísimo señor—se apresuró a decir Raví quitándose el sombrero.

—¡Pronto, pronto!—exclamó Coppa señalando la puerta con el látigo—. ¡Salga usted pronto!

—Perdone, pero he venido... Hable usted por mí, don Pepe...

—¡Echalo en seguida!—ordenó Ciro a su cuñado.

—Me asombra... ¿Usted, don Pepe?—rogó, sentidísimo, Raví—. Perdone, don Ciro... Para que me deje hablar, lo haré aunque sea de rodillas.

Al decir esto don Marcantonio hizo ademán de arrodillarse; pero en aquel momento apareció en la puerta del despacho doña Carmela Méndola, la furiosa vecina, la cual, con el índice tendido hacia Raví, se puso a chillar:

—¡El, sí, señor, él ha dado de bastonazos a su hija! Lo declaro ante los hombres y ante Dios. Yo no tengo miedo. ¡Ese, ese!

—Usted se calla—gritó furibundo Coppa—. Y usted—añadió agarrando por un brazo a Raví—, ¡afuera! ¡No quiero escenas en mi casa!

Don Marcantonio palideció intensamente y amenazó con los ojos torvos y la voz temblona:

—Es que...

Coppa le dió un empujón:

—¡Afuera!

—¡Soy un viejo!—exclamó Raví pasándose por el pelo la mano, levantada amenazadoramente.

—Ciro...—suplicó en voz baja Pepe, compadecido.

Pero Coppa replicó con violencia:

—¡Afuera! Recuérdesele usted a sí mismo, antes que a los demás, que es un viejo, para que no lo olviden ante la imprudencia de usted.

—¿Imprudencia?—dijo Raví—. Yo vengo a...

—Lo que tenga usted que decir se lo dirá al juez. Mientras tanto, márchese.

La Méndola, en cuanto se marchó Raví, quiso alabar al abogado por la digna manera con que le había recibido.

—No—declaró Ciro—. Me he conducido muy mal. Pero en él estaba no haber venido.

—Es un padre desnaturalizado—insistió ella.

—Tampoco—manifestó con mayor viveza Ciro, incomodándose—. El ha creído y cree obrar por el bien de su hija. Pero esto no quita que haya cometido un delito... Pepe, no me mires con esa cara de imbécil: me pones nervioso, te lo tengo dicho. Volvamos a trabajar... Siéntate y escribe.

Pepe se había convertido en el amanuense y el "botones" de Ciro. Su satisfacción, en aquellos días, veíase solamente perturbada por el constante temor de no complacer cumplidamente a su cuñado, que le trataba a baqueta, y por el que sentía ahora una gratitud ilimitada, aun sabiendo que no por él, sino por espíritu de autoridad y de justicia, había tomado con tanto calor aquel asunto. Y le admiraba, y sonriendo y frotándose las manos de contento, repetía la favorita frase de Ciro:

—Imposiciones, ni Dios.

Pero estos pensamientos le distraían... ¡A trabajar, a trabajar! No debía pensar en nada hasta no haber triunfado en la contienda, hasta el día en que Estrellita fuese suya... Allí, allí, en aquella misma casa, allí mismo... Y Pepe, en un ímpetu de amor, se estrechaba y besaba sus manos, como si fuesen las de Estrellita.

Había visitado a todos los vecinos de Raví, para recoger testimonios favorables al proceso que iba a entablar Ciro. Cuando, por fin, estuvo esbozada la mayor parte del trabajo, Coppa quiso que fuese Pepe a casa de don Diego Alcozer para invitarle a una entrevista.

—Honradísimo con la invitación—dijo don Diego a Pepe—. Ya estoy dispuesto. Soy con usted.

Ciro le recibió muy cortésmente; y don Diego, complacido por aquella acogida, quiso evitar al abogado lo violento de las preguntas que había de hacerle, entrando él, desde luego, en el asunto.

—Ustedes, señores, son jóvenes en relación a mí—dijo, dirigiéndose también a Alletto—, y por

lo tanto, podrían esperar aún. Pero yo soy viejo y me apremia salir de esta cuestión lo antes posible *¡Quondam pacto?* Estoy en absoluto dispuesto a todo, señor abogado. Usted me dirá lo que he de hacer.

Ciro le miró atentamente un rato, entre sorprendido y receloso. Luego, para ponerle prontamente a prueba, le dijo:

—Pues... verá usted... La cosa sería muy sencilla..., si quisiera usted tener la bondad de una..., una...

—¿Declaración?—sugirió Alcozer, acompañando la palabra con la fría sonrisita que Pepe le conocía. Y agregó—: Una pregunta: ¿se verá el asunto a puerta cerrada?

—Ciertamente—contestó Ciro—. Si usted lo quiere... Sería, después de todo, considerando los años a los que ha tenido usted la dicha de llegar, un ligero sacrificio de vanidad...

—No, no la tengo de ese género—le interrumpió agudamente el viejecito—. Sería ridículo a mi edad... Sin embargo, ese sacrificio a que alude usted podría tal vez, en cierto modo, perjudicarme para lo futuro..., en los pocos años que me quedan de esta tonta fantochada que llamamos vida... Si hubiera algún otro medio...

—Este—observó Coppa, admirando la filosófica ingenuidad con que Alcozer trataba la cuestión, y viéndole inclinado a ceder—, este sería el medio más seguro, más expeditivo.

—¡Bueno—contestó don Diego, encogiéndose de hombros y sonriendo—; puesto que hay que pasar por ello..., *¡transeat!*

De esta suerte, como la parte más interesada

no se oponía, la causa, merced a las andanzas, recomendaciones y solicitudes de Ciro, fué vista prontamente y discutida a puerta cerrada.

No obstante, aquel día, una multitud de curiosos desocupados esperaba impacientemente el resultado. Pepe Alletto, febril y nerviosísimo, no se apartaba de la puerta, a pesar de que el ujier de guardia le daba ánimos y le decía:

—Fíese de mí, que entiendo de estas cosas: es una causa ganada.

Por fin se abrió la puerta. Ciro, radiante, proclamó la victoria. Estallaron aplausos y gritos. También don Diego Alcozer aplaudía riendo. Pero don Marcantonio salió de la sala con la cabeza baja, apretando los dientes y surcado el rostro violáceo, congestionado, por abundantes lágrimas.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Me han asesinado a mi hija!

Pepe quiso abrazar a su cuñado; pero éste, en la embriaguez del triunfo, excitado por los aplausos, le rechazó con ademán brusco.

El presidente del tribunal, agitando la campanilla, hizo despejar el pasillo; pero, en la calle, la muchedumbre, que había aumentado, continuó aplaudiendo, y Ciro habló:

—Héroes eran los padres, oh, señores, que para que la divinidad fuese propicia a las nobles empresas de la patria, sacrificaban a sus hijas. ¿Pero qué decir de un padre, que por torpes fines sacrifica a su hija al dios Mammon?

—¡Mammon, Mammon! ¡Abajo Mammon!—gritó la multitud entre risas y aplausos.

Y desde aquel día, Ravi fué llamado por todos Marcantonio Mammon.

XXIII

Pepe Alletto se había explicado el empeño puesto por Ciro para llevar a buen fin la empresa, como efecto de la ardorosa índole de su cuñado. Pero cuando le vió consagrado a desembarazar la casa de los muebles antiguos para sustituirlos por nuevos, empezó a sospechar si se le habría trastornado el juicio.

—¿Será posible que haga todo esto por mí?

Pero no se atrevía a preguntarle nada. Después de su triunfo, Ciro, en vez de mostrarse contento, se hacía más sombrío de día en día.

—Pepe—le dijo una mañana, llevándole cogido de la americana a un rincón y mirándole hosco—. Tú debes decirme la verdad: jura, ante todo, sin embargo, que me la dirás. Pobre de ti si mientes. No te digo más.

—Está bien—respondió Pepe, satisfecho en el fondo de que se llegase a una explicación.

Ciro siguió:

—Desde hace ya no sé cuántos días, he perdido la paz. Recuerdo que me dijiste una vez que Mauro Salvo, ese majadero, cortejaba a Estrellita. ¿Es verdad?

—Verdad, pero no fué correspondido—contestó, tratando de quitar con una sonrisa la amenzadora arruga de la frente de Ciro.

—¡Júralo!—exclamó éste.

—¿Qué quieres que jure?—replicó Pepe—. Lo sé yo, y basta.

—¿Sabes que Estrellita no correspondió nunca, jamás, ni mucho menos, a los propósitos de Salvo?

—¡Sí, sí!

—¡Júralo!

—¡Pues bien; lo juro!

Ciro se puso a pasear por el estudio, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos; no satisfecho, hosco.

—No pienses en eso—agregó Pepe—. Te preocupas sin razón alguna... por una cosa, que, si quieres, volveré a jurarlo, no tiene asomos de fundamento... Y me parece que yo puedo saberlo.

—Tú no sabes nada—le replicó Giro, parándose y mirándole furioso.

Pepe se encogió de hombros.

—Como tú quieras... Pero yo iba allí...

—¡Ibas allí!—gritó Giro, con el rostro contraído por la rabia—. Ibas allí, dices, y contigo otros imbéciles. Aquella era la casa de todos, por lo visto... Y Estrellita allí, entre vosotros, mientras que el viejo dormía...

—Allí íbamos todos, es cierto—admitió Pepe—. Pero no se hacía nada malo... Tú eres celoso y no puedes entenderlo. Se bromeaba inocentemente, y...

—La inocencia, imbécil, para chicos—le interrumpió Giro, furibundo—. Algo, sin embargo, debió de ocurrir. ¿Cómo te explicas, si no, que haya tenido yo que luchar hasta hoy para hacer que se vuelva a casar? ¿Cómo te lo explicas?

—Me lo explico—dijo Pepe, buscando las pala-

bras—, me lo explico..., considerando que la pobrecilla... se sentiría tal vez harta del mundo... Pero yo, para decirte la verdad, no lo hubiese esperado... ¿De modo que no quería...?

—Quería hacerse monja—contestó Giro, sombrío.

—¡Pobre Estrellita!—suspiró Pepe, conmovido—. ¿Pero la has convencido ya?

—La he convencido por fin, con ayuda de mi hermana. Pero también tú, di, también tú, con esa cara de lelo—dijo Giro, irguiéndose y apuntando, como con un arma, al pecho de Pepe, con el índice de una mano—, también tú, di la verdad, ¿has intentado hacerle la corte?...

Pepe le miró atónito.

—¿Cómo?... ¡No comprendo...!

—¡Ah! Ya sabes que conmigo no sirve hacerse el loco—le dijo Giro desdeñosamente—. También tú, también tú, con todos los demás imbéciles... En fin, ahora lo preciso es arreglar pronto la casa. Hay que llevarse al campo estos muebles, antes de que lleguen de Palermo los nuevos. Luego vendrás conmigo al Ayuntamiento. Me servirás de testigo.

—¿Yo..., a ti?... ¿Para qué?...—pudo a duras penas balbucir Pepe, como caído de un nido—. ¿Yo testigo tuyo?

—¿Te desagrada?

—Pero... ¿Quién..., quién se casa?—murmuró Alletto.

Sintiéndose desfallecer, se llevó las manos a las sienes, temiendo que le estallasen, y cerró los ojos para reprimir las lágrimas, que le corrieron, sin embargo, por las mejillas lívidas.

—Nada..., nada—añadió después, casi para sí,

con voz ahogada y temblorosos los labios—. Tienes razón... ¡Qué estúpido!... ¡Qué imbécil!... ¿Cómo pude creer...? ¿Cómo pude suponer que tú?...

—¿Estás loco? ¿Qué es lo que dices?—le gritó Ciro—. ¡Habla! ¿Qué se te había metido en la cabeza?

—Déjame estar, Ciro—dijo Pepe sin poner ya freno a sus lágrimas.

—¡Ah, pensabas...!—le apostrofó entonces Ciro—. ¿Pensabas quizás en casarte tú con ella? ¿Estabais de acuerdo? ¡Habla, por Cristo, o te hago polvo!

—¡Te repito que me dejes!—replicó Pepe, con el valor de la desesperación, frenético—. ¿No te basta que te diga que he sido un loco o un imbécil, como mejor te plazca? Sí, he podido creer estúpidamente que lo que has hecho lo hacías por mí... Ahora, basta, basta... ¡Cásate con ella! ¿Qué te importo yo? ¿No te ha dado ella el sí?

—Pero yo quiero saber—tronó Coppa, abalanzándose contra su cuñado.

Pepe se asustó, pero en seguida le hizo frente con audacia insólita.

—¿No lo sabías? ¿Por qué estuve a punto de que me matasen por ella? ¿No sabías que la quiero desde hace años?

—¿Y ella?—rugió Ciro, con los ojos inyectados.

—¿No te ha aceptado?—repitió Alletto—. ¿Qué más quieres?

—Pero entre ella y tú...—dijo Ciro en el colmo del furor—. Dime la verdad, o no respondo de mí: entre ella y tú..., ¡habla!

—¿Qué quieres que te diga?—gimió Pepe entre

los brazos de Ciro—. Déjame... ¿Qué quieres de mí?

—Dime la verdad... ¿Entre tú y ella qué ha habido? ¡Quiero saberlo!...

—Hubo una promesa...—contestó Pepe—. Esperaba que Dios se llevase al viejo...

—¿Y después?...

—Después has llegado tú... Ella te ha aceptado... Todo ha concluido... Yo no sé nada, no puedo hacer nada... Déjame, pues. ¿Qué quieres de mí?... Todo ha concluido...

Cogió de la percha el sombrero, lo limpió varias veces con la mano, balbuceando entre lágrimas: "Ha concluido..., ha concluido...", y se marchó.

Ciro, con la cabeza entre los puños apretados y ojos de fiera, se quedó paseando por el despacho.

XXIV

Al día siguiente de la boda de Coppa con Estrellita, don Diego Alcozer se encontró en la calle a Pepe Alletto y le llamó, y cuando se acercaba, malhumorado y abatido, se llevó el pulgar de una mano a la punta de la nariz, mientras que agitaba los otros cuatro dedos trémulos:

—¡Con un palmo de narices, don Pepe!

—No me moleste, viejo estúpido—exclamó Pepe, sacudido por un rabioso despecho.

Pero don Diego lo agarró por un brazo:

—Vamos, no se enfade: venga aquí... Ahora, yo, usted y nuestro ex suegro, tenemos que consolar nos de nuestro fracaso. Venga a mi casa; Marcantonio vendrá luego, y esta misma noche, si no le desagrada a usted, organizaremos una partidita de *calabresella* (1)... Nos haremos compañía...

Pepe, ensimismado en su fúnebre dolor, se dejó llevar taciturno por Alcozer, quien, vacilando a cada paso sobre sus débiles piernecillas, resoplaba y miraba de cuando en cuando a su malogrado aspirante a heredero.

—Perdone que me ría, don Pepe. En la vida se ríe y se llora... Pero yo soy viejo, y no tengo lugar

(1) Juego de naipes, usual en Calabria. (N. del T.)

para las dos cosas. Prefiero reirme. Por lo demás, llore usted por mí... ¡Pobre don Pepe! Le compadezco, créalo usted. Para que no sufra usted ninguna violencia, déjeme decirle que lo sabía todo: sé que aspiraba usted, muerto yo, a la mano de Estrellita, y que don Marcantonio estaba en el ajo. Por eso he dicho *nuestro ex suegro*. Y bien, ¿qué mal había en esto? Por mi parte, le aseguro que más bien me alegraba. ¿Y sabe por qué? Aparte los merecimientos de usted, sé que cuando se desea ardientemente la muerte de alguien, este alguien no muere nunca. Y le estimaba a usted como a un amuleto. Ahora, nada le importa a usted que yo siga viviendo o que me muera... Mientras que entonces, ¿se acuerda?... Diga la verdad: ¿no me llevó intencionadamente allí, a los Templos, con aquel diluvio? ¡Y pensar, don Pepe, que estuvo a punto de lograrlo!... ¡Qué rabia le debe dar esta idea! Una pulmonía fulminante... El Señor le hizo saborear mi muerte, y después se la quitó de la boca, como un pedazo de pan... ¡Pobre don Pepe! Y ahora...

Alletto se detuvo ante la puerta de don Diego.

—Si va usted a seguir diciendo idioteces, le dejo.

—No, no, suba, querido don Pepe—le contestó Alcozer, cogiéndole de nuevo por un brazo. Siento que no encuentre ya a su futura... Lo digo en broma... No se oye a nadie...

Una vez en la casa, don Diego condujo a Pepe por las habitaciones, adivinando y casi gustando el amargo placer que debía ocasionarle la vista de los lugares que Estrellita había habitado. En el comedor se detuvo, e indicando un lado de la mesa, dijo como para sí mismo:

—Aquí se sentaba a dibujar... Después, allí, junto a la ventana, se ponía a leer las novelas que le prestaba Fifo Garofalo...

En la alcoba no señaló nada; pero, al desnudarse para ponerse el traje de casa y ver que Pepe miraba el lecho matrimonial al través de las cortinas, sonrió con sorna, simuló un profundo suspiro, y fué a ponerle una mano en el hombro.

—¡Ah, querido don Pepe, demasiada prisa! ¡Demasiada prisa! Sepa usted que pasado mañana cumpla setenta y tres años... Si hubiera usted tenido un poco más de paciencia... En fin, no quiero afligirle... Han llamado a la puerta: será Marcantonio...

Raví no esperaba hallar a Alletto en casa de don Diego. En cuanto le vió, se le demudó la cara, y exclamó:

—¡Me voy!

Don Diego le sujetó por la americana.

—¡Me voy!—repitió más fuerte don Marcantonio—. ¡No quiero verle!

—¿Pero por qué?—le dijo Alcozer sin soltarle—. Venga usted aquí... Hagamos las paces.

—Ese ha perdido a mi hija—insistió don Marcantonio.

Y don Diego, apaciguándole:

—Pero no... ¿Por qué?... *Factum infectum...*, con lo que sigue... Está más desconsolado que tú el pobre joven... Vaya, dale la mano.

—¡Ni aunque me lo mandase Dios!—protestó el otro.

—Vamos, Marcantonio. Aquí esa mano. Don Pepe, venga la suya... Así, la paz está hecha. La

falta de don Pepe ha sido una sola, como se lo he hecho notar hace poco: la prisa. Falta excusable en un joven.

—No, señor—negó Raví—. Su falta ha sido la de traer aquí un bribón con toga, a quien no reconoceré jamás por yerno, y a quien no quiero nombrar. Mi hija ha muerto para mí. No la volveré a ver... Y me la ha matado usted, don Pepe... Déjenme, déjenme llorar... Usted me la ha matado... ¿No le dije que aquel individuo sería la ruina de usted y la de mi hija?

—Perdone—dijo Pepe, turbado por el llanto de Raví y conmovido—. ¿No he sido yo más engañado y más traicionado que usted? Aun admitiendo que fuese yo quien le impulsara a venir, lo cual no es cierto, ¿lo habría hecho si hubiera podido sospechar o suponer...?

—Señores, ¿quieren creer a un viejo?—les interrumpió don Diego—. No pensemos más en esto. Es lo mejor que podemos hacer: las recriminaciones ahora son inútiles... Encendamos la luz y juguemos nuestra partidita...

XXV

Todas las noches los tres derrotados se reunían para jugar en casa de don Diego. A menudo se hablaba de Coppa, a quien Raví, dirigiéndose a Pepe, llamaba *el cuñado de usted*.

—¡Un cuerno, mi cuñado!—contestaba Pepe—. Mi pobre hermana murió..., la mató él... Llámelo, pues, su yerno.

—Yerno, si le hubiese reconocido—replicaba don Marcantonio—. Mientras que usted lo reconoció como cuñado; y todavía le debería a usted remorder la conciencia, como si hubiese cometido un fratricidio.

Don Diego entonces volvía a intervenir para reconciliarles; pero, en el fondo, le divertían aquellas escenas.

—No exageremos, señores, no se exalten... ¿Por qué insistir en un tema que les molesta? Vamos, continuemos la partida. No hagamos lo que los gallos en jaula, que se pican unos a otros en vez de consolarse mutuamente. Los tres hemos sido burlados. Pero lo hecho, hecho está, y no hay que hablar más. No juzguemos solamente por nuestro caso a un digno caballero.

—¡A un asesino!—gritaba al oír esto Raví, dando con el puño en la mesa.

—¡Bah! ¿Te ha matado a tu hija?

—Me ha matado a mi hija, ¡sí!

—Pero ¿cuántos te han matado a tu hija? Antes dijiste que don Pepe...

—¡Sí, él! ¡El, sin quererlo, por mano de su cuñado!

—Su yerno—corrigió Pepe.

—¡Y dale!

Don Diego se apresuraba a echar una carta en la mesa:

—Arrastro...

Jugaban a pocos sueldos la partida, y las ganancias las guardaban para tomar juntos un piscolabis, por no querer Raví aceptar en modo alguno las repetidas invitaciones de don Diego, que hubiera querido tenerle todos los días a la mesa para no estar solo.

—No acepto. Perdóneme, don Diego: no por usted, sino por la gente. Me llaman Mammon: no sé lo que quiere decir; pero, por Cristo, que puede usted decirlo muy alto a los calumniadores: ¿le he pedido a usted nunca un solo céntimo, un misericordiosísimo céntimo prestado?

—Déjales que digan—le respondía don Diego.

—No, señor. Juguemos y comeremos luego. Pagaré yo, porque hasta ahora, al menos, pierdo más que ustedes dos. Con esta condición, sí.

Pepe no tenía las razones que don Marcantonio para no aceptar la invitación de Alcozer, y se quedaba a menudo a cenar con él, y hasta a dormir en su casa, en la misma cama que Estrellita había dormido. Sólo por eso se avenía a tal cosa, por la voluptuosidad; es decir, por la angustiosa amargura que procuraban el recuerdo y la imagen de ella en aquella casa.

Todas las noches, en cuanto se marchaba Ravi, él y don Diego, antes de acostarse, permanecían un poco en el balcón que daba al campo, limitado allá, en el fondo, por el mar. Desde allí se descubría, lejana, la casita de Coppa; y Pepe, apoyado en la barandilla, atisbaba la luz, que brillaba allá abajo, entre las sombras de la vasta y arbolada campiña. ¡Allí estaba Estrellita! ¡Casi la veía él, casi la seguía por las habitaciones de aquella vivienda bien conocida, donde Filomena había sufrido tantos años, y se preguntaba: "¿Qué hará en este momento? ¿Qué piensa? ¿Qué dice?" Y se consumía interiormente, tragándose las lágrimas silenciosas que le empañaban los ojos, fijos allí, en aquella luz lejana.

Abandonábase de tal modo a su visión, que a veces daba una cabezada.

—¿Se duerme usted, don Pepe?—le preguntaba entonces Alcozer.

Y Pepe le contestaba que no con la cabeza, para no revelar el llanto con la voz.

—Si quiere acostarse, estoy dispuesto—añadía don Diego.

Pepe le indicaba con la mano que esperase todavía un poco. ¡Ah, él estaba seguro, estaba seguro de que Estrellita, como él, había sido engañada, traicionada. ¿No sabía acaso, por boca del mismo Ciro, que ella hubiera querido quedarse en el convento antes que consentir en la insospechada traición de aquella boda? Luego había tenido que acceder, o más bien, había tenido que bajar la cabeza, la pobre víctima, comprendiendo que el que tanto la amaba no hubiese podido prestarle ayuda, comprendiendo que el padre no la

hubiera recibido nunca en su casa, y que en el convento, en fin, bajo la hermana de Coppa, tampoco podría quedarse.

Y ahora ella estaba allí, en poder de aquel tirano que se la había arrancado de los brazos..., arrancado, sí, a viva fuerza, como a viva fuerza ahora, ciertamente, la obligaba a consentir con el cuerpo (¡oh, con el alma no!), los apetitos de su pasión... ¡Pobre Estrellita! Digna era de compasión...

Consumíase así interiormente, cada vez más, nutriéndose de la amargura que le producía su propio abatimiento, la profunda melancolía, la conciencia de no poder hacer nada... Estaba flaco y pálido, como si hubiera salido de una enfermedad grave. ¡Ah, si no hubiese tenido a su ancianita madre!... ¡Si no hubiese temido por la vida de ella!

Algunas noches, don Diego le aburría, hablándole de sus angustiosos terrores, de los *espíritus* que poblaban los tremendos insomnios de sus áridas noches.

—Quien no los ha visto, lo sé, no cree en ellos... Y quien los ha visto, querido don Pepe, no lo cuenta por miedo de que no le golpeen en la noche. Porque, sépalo. Golpean. Yo, para decir la verdad, no he sido hasta ahora maltratado por sus manos; pero, ¡cuántas jugarretas! Tirarme las ropas de la cama, derribarme las sillas, apagarme la lamparilla... Y los he visto con estos ojos, se lo juro: algunas noches, entre las cortinas, he visto asomar una cabeza de pelo rojo y rizado, y con un palmo de lengua fuera... Cuando se murió..., espere..., ¿la segunda o la tercera?... Sí,

Luzza, mi segunda mujer..., a los pocos días, su espíritu rondaba por mi casa. La sentía todas las noches andar por las habitaciones, con la diligencia que tuvo en vida..., pues debo decir que fué una buena ama de casa... Y una noche la vi asomarse a la puerta de mi alcoba; sonrió e hizo un ademán como si quisiera decirme: "Disfruta del calorcito de la cama; de la casa cuido yo." Otra noche, oí en el comedor un jaleo horroroso. ¿Qué había sucedido? ¡Nada! Había venido también mi otra mujer, la primera, Angelina, y se estaban peleando. Las oí yo, le digo, con estas orejas: una de ellas decía a la otra que el alma era de ella... De repente, un estrépito... No sé cuántos platos al suelo... Al ruido, salto de la cama, voy—figúrese con qué terror—, al comedor: era un desastre.

—Algún gato...

—¿Pero qué gato, don Pepe? Nunca he tenido gatos en casa.

—Algún ratón, entonces...

—¡Sí, un terremoto! La cuestión es dar cualquier nombre. Usted dice un ratón porque no lo cree. ¿Y son también ratones, dígame, cuando, por ejemplo, se oye el rumor de sus pasos en la otra habitación, ya apresurados y ligeros, *tic, tic, tic*, ya como de persona que pasea reflexionando? ¿Son también gatos o ratones cuando se siente llamar uno con los más feos nombres por cuatro voces distintas, como me ocurre a mí, que no puedo quedarme solo por la noche, sin que me vuelvan a casa las cuatro difuntas para maltratarme e injuriarme? ¡Ah, don Pepe! ¡Que Dios le libre de esto!

Pero don Diego no se contentaba con hablar de semejantes cosas. A menudo, durante la noche, angustiado por el insomnio y pareciéndole oír algún rumor en el silencio de la casa, despertaba a Pepe.

—¡No me pellizque, por Cristo!—gritaba Alletto—. Esté tranquilo: no duermo. Por centésima vez le repito que no me gustan los pellizcos; si no, prepárese a dormir solo mañana por la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, N.L.

XXVI

Eso, no. Bajo la amenaza de quedarse solo por la noche, don Diego no podía continuar así. Ya para procurarse el sueño y evitar a Alletto la molestia de los pellizcos, bebía algo más de la cantidad que se había impuesto desde muchos años ha; pero este dañino remedio no le agradaba; aquel vasito de añadidura le sabía amargo y lo tragaba a la fuerza.

—¡La medicina para dormir, don Pepe!—decía al cenar—. Esperemos que surta efecto esta noche.

Surtía efecto al principio; pero luego, al mediar la noche, don Diego se despertaba y volvía a sus inquietudes. Y entonces, ya se sabía, un pellizquito a Pepe.

—¿Pero se quiere usted estar quieto?

—Perdóneme, don Pepe, quería preguntarle una cosa.

—¿Qué cosa? ¡Duerma!

—No podré si no aclaro una duda que se me ha ocurrido ahora, pensando. Pero tiene que decirme la verdad. Cuando estuve enfermo, recuerdo que fué usted, por lo menos mostró serlo, muy bueno para mí... Siempre aquí, en mi casa, noche y día... Bueno, con franqueza, ¿eh?, quizás en un momento de distracción, usted... con Estrellita...

—¿Está usted loco?—le increpó Pepe.

—No, tenga usted paciencia; ahora ya no me

importaría nada. Trasplantaré tranquilamente el cuerno a la cabeza de don Ciro. Yo me he retirado del negocio. Dígame la verdad.

Pepe, por toda respuesta, le volvió la espalda.

—Le repito que no me importa... De otra parte, uno más o menos... Soy filósofo, don Pepe... Cinco mujeres, ¿comprende? Figúrese el bosque que tengo en la cabeza. Algunas noches, mientras que usted piensa y suspira, ahí, en el balcón, pienso yo a mi vez, y siento que ese bosque crece, crece, hasta el cielo, frondoso, tupido... Sospecho que, al mover la cabeza, debo perturbar con su coronamiento el sistema planetario... Me servirán de escala, de aquí a cien años cuando reviente. Como una ardilla, mi alma trepará por el andamiaje de esa desmesurada cornamenta, hasta el paraíso, y todas las campanas tocarán a gloria... ¿Duerme usted, don Pepe?

Dormía o fingía dormir aquel ingrato. Don Diego volvía entonces a sus manías, a sus inquietudes, y exclamaba: "¡Valiente compañía!" Y para distraerse, se ponía entonces a meditar la empresa de un sexto matrimonio.

—Quien desea demasiado, dice el proverbio, no tiene nada. Si yo dejase, don Pepe, mi dinero para obras pías, dividido en otras tantas pequeñas porciones, procurarían un bien temporal o perpetuo, pero harto mezquino, a muchos. Vale más, a mi entender, dejarlo a una persona sola que quisiera ganárselo a costa de un breve sacrificio, que hasta podría parecer una obra de caridad: asistir a un pobre viejo como yo... Y esta persona, para que tenga en lo futuro una recompensa a su sacrificio, se necesita que sea joven,

en condiciones de gozar de la riqueza y de la vida a su gusto. ¿Qué haría una vieja con mis cuarteros? Y, además, ya sabe usted que aborrezco la vejez... Con mi propósito favorezco la juventud... Usted pensará acaso que haré reír si me caso por sexta vez. Pues bien; se ríe tan poco hoy en la vida, que adquiriría con ello un nuevo mérito. Será de buen augurio el que me acompañen las gentes al Ayuntamiento riendo a carcajadas... Lo he pensado, y verá usted cómo lo realizo. Por ahora no diga usted nada a Marcantonio, porque tengo la seguridad de que no le hará gracia...

Y don Diego no se equivocaba. En efecto; la misma noche en que Raví se enteró de que su ex yerno pretendía casarse por sexta vez, fué a verle, encolerizado.

—¿Cómo? ¿Piensa usted en volverse a casar? ¿A sus años?

—¡Ah!—replicó don Diego—. Te haré observar, Marcantonio, que sólo tengo un añito más que cuando me casé con tu hija...

—Está bien—dijo don Marcantonio tragando bilis—. Pero ya es algo un año más. Y después, ¿tiene usted en cuenta el escándalo? Entonces no estaba usted como ahora, en boca de todos... Sólo digo por su interés... No se esponga al ridículo, querido don Diego, y seguramente a una negativa.

—En cuanto a la negativa, no tenga cuidado... Se trata de escoger—le tranquilizó don Diego—. Tengo cuatro o cinco proposiciones...

—¡Qué país de bandidos!—exclamó don Marcantonio—. ¡Cinco proposiciones! ¿Lo ve usted? Era la envidia lo que les hacía hablar, cuando yo le

entregué mi hija, y me llamaban padre desnaturalizado y Mammon..., y decían que vendía mi propia carne... ¡Farsantes!... ¿No tengo razón?

Raví ignoraba que entre las cuatro o cinco ofertas se hallaba la de la Méndola, la furiosa vecina, que ofrecía su hija. Pero su desahogo contra sus paisanos le tranquilizó en parte, y pudo ponerse a jugar con sus dos compañeros.

—Son pocos los jóvenes que están hoy en condiciones de casarse...—dijo don Diego entre dos partidas—. Y un vejete de mis circunstancias te agradó a ti, querido Marcantonio, y agrada ahora a otros.

—Ya lo sé. No tiene usted que decírmelo—contestó Raví, más convencido que nunca—. Con tal, sin embargo, y perdóneme, que se decidiera usted a no tardar en morir después de la boda.

—¡Hola!—exclamó don Diego, haciendo con las dos manos la señal de los cuernos.

—También yo hago ahora ese conjuro—dijo don Marcantonio—. Y le deseo que viva mil años, para castigo de todos los que me quisieron calumniar. Le aconsejo, sin embargo, que cambie de hábitos; nada de jóvenes en casa; de lo contrario, le podría suceder lo que ahora.

Don Diego convino en ello, y añadió:

—Lo siento por usted, don Pepe; pero esta vez, ¡afuera! Lo único que podré hacer por usted, porque es usted un buen muchacho y se lo merece, es aconsejar en el testamento a mi mujer que, antes que otro, sea usted el elegido.

Pepe no tomaba parte en la conversación. Sonrió tristemente a don Diego, y propuso dejar las cartas por aquella noche.